

La casa verde (1966)

Refugio ardiente

Fátima Luna

Escribir una novela es una ceremonia parecida al strip-tease. Como la muchacha que, bajo impúdicos reflectores, se libera de sus ropas y muestra, uno a uno, sus encantos secretos, el novelista desnuda también su intimidad en público a través de sus novelas [...] En el caso de la novela al principio el novelista está desnudo y al final vestido.

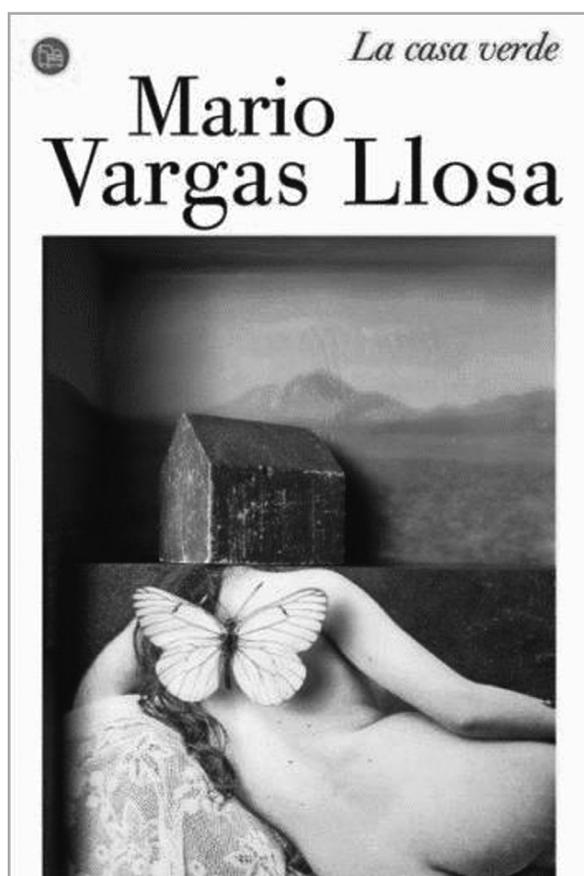
Mario Vargas Llosa.
Historia secreta de una novela.

El radiante sol permite que el color esmeralda de la casa se refleje en los pequeños charcos de barro que entorpecen su entrada. Los rezagos de la lluvia del día anterior ahora empiezan a evaporarse, al mismo tiempo que lo hacen los castos pensamientos de los piuranos vecinos. En las cabezas de quienes conocen lo que sucede dentro, empiezan a formarse curvilíneas fantasías con las *habitantes*: "Desde el viejo puente se las veía llegar, se oían sus chillidos y desplantes. Sus

indumentarias de colores, sus pañuelos y afeites, centelleaban como crustáceos en el árido paisaje". Ellas eran quienes saciaban la sed genital de los alrededores.

La casa verde, como Mario Vargas Llosa nos la narra, es el refugio de múltiples historias que transcurren en una Piura rodeada de arenales y en un lugar llamado Santa María de Nieva, camuflado en la Amazonía peruana. En el norte, los personajes se moldean en la polvareda de remolinos que el viento forma en el desierto, aislados; sin siquiera el refugio de la sombra de un algarrobo. En la Selva, los protagonistas no corren mejor suerte a pesar del exuberante y maravilloso paisaje, sino que, al contrario, el escenario los envuelve con misterios e intrigas, actos insólitos e ilegales como el contrabando y la trata de indígenas para el voto religioso. Entre gotas de sudor que corren por sus narices y se deslizan por sus labios, ellos mismos saborean su trágico devenir.

Unos años después de escribir la novela, Vargas Llosa comparte con nosotros la *Historia secreta de una novela*, en la que expone el proceso de cómo creó *La casa verde*, sus escenarios y personajes. A través de su mente, sus pensamientos se trasladan a la letra de imprenta. El papel aún está caliente y por los rodillos de la impresora corren y dejan moldearse experiencias personales reales y sobredimensionadas, que junto al furor de elementos ficticios aún hirvientes por el proceso de impresión, se entrelazan en un trío,



dejando ver sus más íntimas partes. De esta manera, aflora la excitación del autor por compartir la procreación de la novela y la de nosotros de experimentarla.

La casa verde se inicia con la imagen de una espesa nube de polvo, en Santa María de Nieva, causada por el correteo de niñas semidesnudas que se desplazan de un lado para el otro, acorraladas por monjas y militares. Temerosas, terminan siendo despojadas de los pechos de sus madres para no volver a ver más su comunidad. Junto a las madres Angélica y Patrocinio, las niñas navegan hacia la misión sin imaginarse el futuro que les espera.

Mientras tanto, en medio del desierto norteño, don Anselmo edifica el prostíbulo bajo las impacientes miradas de los vecinos y una vez terminado, rápidamente Los Inconquistables —Josefino Rojas, José, el Mono y Lituma— se convierten en casi residentes del burdel. “Eran los Inconquistables, no sabían trabajar, solo chupar, solo timbear, eran los Inconquistables y ahora iban a culear”.

Los *flashbacks* que Vargas Llosa utiliza al narrar permiten confluír las historias de los personajes que, espacial y temporalmente, se entrecruzan, complementan y enriquecen mutuamente, un recorrido seductor que aleja la complejidad. En forma lenta y progresiva, el lector logra orientarse a través de la fragmentada geografía de *La Casa Verde*.

Entre amores reales y forzados, violaciones y sexo a más de treinta grados, se logran unir ambas regiones del país cuando Bonifacia, quien lleva bastante tiempo en la misión, se enternece con las recién reclutadas:

Bonifacia pone el plato a la altura de la chiquilla sentada. [...] La que está tendida se resiste: tensa, los ojos cerrados, se muerde los labios, pero los dedos de la otra escarban implacables, porfían contra esa boca empujada. Las dos transpiran en el forcejeo, tienen matitas de pelo adheridas a la piel brillante. Y, de repente, se abren: veloces, los dedos introducen en la boca abierta los restos casi disueltos del plátano y la chiquilla comienza a masticar.

Bonifacia, antes de sentir más pena se escabulle para abrir el portón y dejarlas escapar. En ese momento su castigo será ser regalada para el servicio doméstico del gobernador Reátegui, terminando una travesía sudorosa por las habitaciones de *La casa verde*, no sin antes vivir una apasionante aunque trágica relación con el sargento Lituma.

Lituma es uno de los principales personajes recurrentes en las obras de Vargas Llosa. Ha ido recorriendo los relatos, conectando su vida en pedacitos, en distintas épocas aunque sin obedecer una lógica interna en la suma de todos ellos. El autor solo lo incluye libremente, argumentando que “[...] los personajes son entes que se piensan y no desaparecen de la mente, aunque pue-

dan variar algo, y protagonizar novelas, aun sin relación entre ellas" (*Historia secreta de una novela*, 1971). El sargento inicia su travesía cuando se enrola en la Guardia Civil y ejerce en la selva, en *La casa verde* (1966). Luego, lo encontramos como guardia en un puesto en Talara en *¿Quién mató a Palomino Molero?* (1986) y en *La Chunga* (1986) junto a los Inconquistables. Finalmente, reaparece como cabo en *Lituma en los Andes* (1993), donde luego de servir en la Sierra es enviado a Santa María de Nieva para cerrar el círculo del recorrido.

Es precisamente la superposición de tiempos y situaciones en la narración, que de manera aparente tiene intención de confundir al

lector, la principal virtud de la novela. Sin la confusión en la que nos inicia Vargas Llosa, que nos marea entre el vaivén de uno y otro personaje que parecen no tener ninguna conexión, no encontraríamos el asombro y la pasión por sus historias, encuentros y destinos.

Frente a los ojos del lector, el laberinto de historias de repente se hace humo, el autor incinera la casa verde aunque no permitirá que las historias de sus personajes queden sepultadas. Quien aparte los trozos carbonizados y aún al rojo vivo de sus instrumentos musicales, aquellos que entonaban melodías junto a los gritos y gemidos del burdel, encontrará el legado de quienes aún permanecen en sus cimientos.